

SENTADO EN UNA BANCA

TRANS/MIGRACIÓN

A Naomi Kinoshita

Pálida, inescrutable
máscara *Noh*,
la luna llena.

AURORA EN NARA

Alba de nácar.

Entre nubes sonámbulas,

la luna, alondras...

Un collar roto.

Perlas desperdigadas.

La Vía Láctea.

Queman incienso.

El olor me transporta

hasta la infancia.

Arde una hoguera.

Entre sus llamas danzan

sueños, deseos...

Cuántos cerezos.

Su fragancia perfuma

todo el verano.

Mira el venado:

un manojo de músculos

que es puro espíritu.

Mira el venado:

En sus ojos de sílex

sueñan chamanes.

Mira el venado,

y un instante después

sólo el vacío.

UXMAL: GRAVITACIÓN

En el silencio antiguo
de esta penumbra:
arcos, pasillos, bóvedas
bajo la luna llena,
indiferente, canta
una cigarra.

MEDIODÍA EN PALENQUE

Llega el sol y se planta,
alta palma flamígera,
en medio de la plaza.

Con un estruendo de alas,
águila ígnea, enciende
una hoguera en la selva.

Cacique sin sosiego,
déspota, tiraniza
el paisaje a su antojo.

Con su fusta de fuego
calcina el hondo llano,
descerraja las piedras,

hace bullir al río.

Su aliento es una fragua,
su rostro un *rencor vivo*.

Como un hacha implacable
decapita a los árboles,
quebranta las alfardas,

entra a saco en la vasta ciudadela.

Acezante, nada sacia su sed.

Jaguar, furia manchada.

Rencoroso y violento
acomete las crestas,
altas cribas de estuco,

de los templos (sus zarpas,
como manojos de ascuas,
trepan por las escalinatas);

oprime los taludes,
afrenta las estelas,
incendia el quicio de los pórticos.

En la cima de la pirámide
graba el haz de su nombre,
el canto de sus rayos.

Su paso produce visiones,
su frente es un espejo ciego,
tiene manos de hierro y pies de amianto.

Tapir, desfonda el matorral,
voraz culebra, ráfaga,
atiza los rescoldos,

mono, escala los muros,
trepas a los torreones,
salta de árbol en árbol,

se pierde en el follaje,
araña, echa a volar
sobre las copas, guacamaya,

incendia aquí y allá
la densa masa de verdura,
la devora, venado

de hocico incandescente,
abreva en el arroyo
con la ríspida lengua chorreante

y lame los rostros carbonizados
de los dioses, los cuerpos de los reyes,
las cenizas de las serpientes.

Bajo su cruenta luz
los templos, las estelas,
los altares y tumbas y palacios,

los tableros de minuciosa magia
en donde danzan las constelaciones,
se desvanecen como un rastro de humo.

Sólo dura un instante
el acuciante imperio
del sol sobre la plaza.

Igual que ese humo, el tiempo
que no cesa lo eclipsa
también de estas palabras.

PÁJARO CABALGANDO UNA OLA

Caballo rojo, la noche
desciende a trote la rada;
destella su grupa láctea.

Erguido jinete, lúcido
sobre la espuma, oriflama,
viva estrella equilibrándose,

aguza el paso, no piafa,
un irisado velero,
muelle embarcación alada

en los rápidos del viento.

Campante, caracolea:
sol en el agua alumbrada.

ROMANZA DE LOS OJOS VERDES

Ojos verdes,
no me miren
que me pierden.

Ascuas verdes,
ver de mar.
Que no me miren de frente.

Anacrónicamente,
absurdamente, prefiero
que no me tienten.

Mejor que se alejen,
que se cierren y pierdan
entre la gente.

Ojos lánguidos o alegres:
Su rutilar puede
hacer que me vuele.

Lumbre, agua, aire, nieve,
claridad del alba, vivo
sol de los atardeceres,

veladas a la intemperie,
caminos de las ciudades
aeropuertos, vías de trenes,

por lo que más quieran, llévense
la luz de ese par de ojos
que me pierden.

Ámbares iridiscentes,
llamas color de sol
o vertiginosas mieles.

Sea lo que fuere,
no permitan
que me enreden.

Ojos verdes,
no me miren
que me pierden.

Solamente
no me miren,
no me miren, siempre.

SENTADO EN UNA BANCA

1

Ven, siéntate aquí, un momento.
Disfruta esta improbable
bahía de calma.
Escucha, escucha:
suave como la piel de una naranja
el viento de noviembre entre los árboles.
Las flores en la banqueta frente a ti
¿nos dicen algo?
No dejes que el estrépito te abrume.
La memoria vive en cada conversación,
en cada tronco de árbol.
No sabemos adónde acabará.
Vendrá como un murmullo por la tarde o al alba.
Alguien pasa silbando un haz de brisa
entre arriates de lirios y humo denso.
Hay esquinas que brillan como espejos.
Frente al Ángel
una güera de no malos bigotes,
la mirada diagonal y la falda larga,
avanza, pestañea.
¿Qué nos iría a decir?
No somos lo que exigen de nosotros.
Nos movemos, creemos,
viajamos en nuestras palabras.
Tampoco tú lo ignoras.
Quizá no todo esté perdido, quizá
no sea más que el principio.
Vuela el polvo de otoño,
las hojas amarillas, un periódico,
un vaso de unicel.

Por este lado rejas, y hacia allá
los barrios elegantes, los salones de té,
camellones con tiestos de agapandos
y hortensias. No me olvides.
El mundo es como siempre.
No lo dejemos ir.

En las casas que bordean la avenida
hay ventanas que nadie sabe abrir.
Tu voz disuelve apenas
la piel de las estatuas.
¿Qué hará aquel pájaro posado
en la punta de la casuarina
flexible y afectuosa?
Un avión blanco allá arriba se aleja
entre la algarabía de los gorriones.
Aunque no sepas adónde vamos
quédate junto a mí.
En el aire de la conversación destella
una palabra de cuatro puntas,
como un pañuelo.
Sueña el pasto en voz baja.
Un graffitti pintado en la pared
te recuerda que es viernes y aún no acabas.
El viento del crepúsculo remece
afecciones y frondas.
Alguien corre con un sobre en las manos
¿Nos diremos mañana
lo que no nos dijimos hoy?
Hay aristas de sol en que naufragan
las predicciones más sombrías.
Sentado en esta banca, bajo el cielo de siempre,
moviendo los ojos, sí,
moviendo los labios,
viendo cómo pasan sin pasar
los enredos, fatigas y catastros
de esta ciudad “que es sueño de alebrije.”